

nas y acciones más tarde, en un rancho serrano de habitantes analfabetos, una partida de soldados, en nombre del rey, busca los «papeles franceses». Estos dos hechos, escuetamente consignados en dos series de motivos argumentales distintos, producen en la textura de la novela el efecto de aquellas iluminaciones de los códices antiguos: abren un espacio en el que se configura la realidad del otro texto citado. Aparecen en esos fragmentos mínimos y (apenas una líneas) y acotados de hechos triviales, el descuartizamiento de Tupac Amaru de 1782, conocido no por su nombre insurgente sino como José Gabriel Condorcanqui, como corresponde nombrarlo a dos blancos que hablan en una taberna: en el otro ejemplo, se cuele un sentido: de qué modo obtuso y paradójico se sembraba en América la Declaración de los Derechos del Hombre, traducidos clandestinamente por el colombiano Antonio Nariño en 1794, y que en la novela, aparecen bajo el nombre de «los papeles franceses» mitificados por el analfabetismo general.

Para concluir, la voz del narrador se adelgaza y despersonaliza en esta novela asumiendo el papel de narrador testigo, dando paso en esa transparencia a la epifanía de un mundo entre histórico y mítico. Esta voz poderosa y al mismo tiempo delgada y sutil, recoge lo no-dicho en la historia oficial, recoge la interlinealidad, el espacio en blanco; toma el silencio de los que no hablaron y lo transforma en voces; el hueco que dejaron los que no escribieron la historia: la huella de la otredad. Esta voz del narrador explícita, en un breve párrafo, todo aquello que hemos tratado de transmitir aquí: Dice, «Lo que llamamos historia viene a ser tan sólo un fragmento deshilvanado y exangüe, arbitrario, destemplado, pobre y descolorido de aquello que por un instante fue de alguna manera realidad\*».

## Sylvia Iparraguirre

\* Para el trabajo se utilizó la edición de Sota de bastos, caballo de espadas, del CEDAL, Buenos Aires.

Para el enfoque general: Mijaíl Bajtín: Problemas estéticos y literarios (especialmente el ensayo «Épica y novela»). Ed. Arte y Literatura, La Habana, 1986; y Problemas en la poética de Dostoievski, México, 1986.

# Combates por la historia de la literatura\*

**E**n el campo de la literatura española moderna y contemporánea, la investigación histórica, social y estética tiene en José Carlos Mainer a uno de sus más rigurosos e inteligentes representantes. Por si fuera poco, el actual catedrático de la Universidad de Zaragoza es un prolífico productor de ensayos críticos, como bien atestiguan sus muy recientes libros *La corona hecha trizas (1930-1960)*<sup>1</sup> y *Letras aragonesas (siglos XIX y XX)*<sup>2</sup>. En el primero recoge un amplio mosaico de trabajos que ilustran la continuidad moral y estética entre unos usos literarios que se iniciaron al aire del discurso orteguiano para morir dados los insolentes cambios de los sesenta. En el segundo compone con los mimbres de diversos escritores aragoneses del XIX y XX una interesantísima lectura de algunos aspectos decisivos de la historia de la literatura española (por ejemplo, el Romanticismo o el Modernismo).

Sin embargo, en estas líneas quiero llamar la atención sobre un tercer libro, previo a los mencionados. Se trata de *Historia, Literatura, Sociedad*. En este libro el profesor José Carlos Mainer reúne el texto de las conferencias que dictó en enero de 1988 en el Instituto de España. Una breve nota preliminar habla con excesiva modestia (el libro

\* José Carlos Mainer, *Historia, Literatura, Sociedad*. Madrid, Instituto de España-Espasa Calpe, 1988. 151 págs.

<sup>1</sup> Barcelona, PPU (*Literatura y Pensamiento*), 1989.

<sup>2</sup> Zaragoza, Oroel (*Aragón, cerca*), 1989.

la incumple totalmente por su extraordinaria y rara calidad en el panorama español de los estudios sobre crítica e historia literaria) del deseo de no pontificar «en un terreno sembrado de minas» (p. 14), y de la andadura de su autor como historiador de las letras españolas de la Edad de Plata desde sus iniciales trabajos al aire de la sociología de Lucien Goldmann a su tenacidad sebastianista ante el pretendido entierro del marxismo, forma de comprensión de la realidad que sigue considerando básica en la configuración del humanismo moderno.

La primera conferencia se titula «En favor de la interpretación» y quiere llevar la contraria al clásico y sugerente artículo de Susan Sontag «Against the Interpretation» (1963), rechazando con indeleble ironía las debilidades eclécticas de la posmodernidad y los abusos onomasiológicos de las recientes tendencias críticas, para sostener lo primordial de la experiencia literaria, como acontecer que convierte en vivencia y temperatura de un tiempo histórico lo que no es más que opacidad de un artefacto estético. Derivando de ello una defensa de la historia de la literatura como análisis e interpretación de los textos en los tiempos, en concordancia con afirmaciones bien recientes de historiadores y críticos tan sagaces como Fernando Lázaro y Francisco Rico.

Tras esta defensa de la historia de la literatura, Mainer dedica su segunda conferencia a la contraposición entre crítica e historia literaria. Recuerda en ella cómo la irrupción de la estética simbolista fue el sustrato que legitimó la crítica moderna, con su doble recado de autonomía de la creación artística y de impugnación del historicismo. También recuerda lo legítimo de «un cierto grado de imaginación y pasión (formas solidarias de la libertad)» (p. 54) para un trabajo crítico válido, rematando sus penetrantes advertencias con una muestra de lo heterogéneo de la literatura —la terminología es de Adorno—, en las que el lector nota la defensa del binomio «literatura y sociedad», no sólo entendido como relación entre hechos sociológicos y reflejos literarios, sino como considerando que atiende «a la profesión del escritor y a un modo de vivir la tradición cultural» (p. 65).

La tercera conferencia desarrolla el tema del lugar de la historia de la literatura. Después de plantear someramente las querellas de antiguos y modernos, el profesor Mainer analiza cómo el siglo ilustrado consideró las obras del espíritu como realizaciones abundantemente entrelazadas, a la vez que echaba las bases de una nueva historia crítica y se entendía «la literatura como historia y no sola-

mente como canon inmutable de belleza» (p. 76). Todo ello fue heredado por la historiografía romántica y sirvió de antecedente para el positivismo científico, cuya esclerosis fue denunciada por la *Estética* de Croce o por los trabajos de Vossler, para encontrar desembocadura en las relevantes obras de Spitzer y Auerbach que establecieron los cimientos de una «historia desde la crítica», cuyos requisitos —Mainer rechaza, por impertinente, sostener un orden de prioridad— deben ser el trabajo filológico que establece el texto preciso, la dimensión histórica que lo reconstruye en su espacio temporal y el desciframiento crítico que aprecia la distinción estética que lo sustenta.

Esta larga tercera conferencia acaba pasando revista a la nueva crítica que nace de los trabajos de Roman Jakobson para mostrar cuán ecléctico y vacilante es el panorama actual, donde descuellan las formulaciones de «la nueva historia de la literatura, fabricada con herramientas de la *Rezeptionästhetik*» (p. 94), tan deudora de la epistemología de H. G. Gadamer, lo que supone la aceptación expresa de que «en realidad no es la historia la que nos pertenece, sino que somos nosotros los que pertenecemos a ella» (H. G. Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca, 1984; p. 344).

La última conferencia gira en torno del binomio «literatura y sociedad». Inicialmente Mainer glosa con una saludable ironía la dialéctica entre la literatura y sus públicos, para acceder después al precario lugar de la literaturidad y más adelante al problema de la propia caducidad de la literatura, solamente vencible cuando la obra (tal el caso de *La Regenta* y de múltiples novelas galdosianas que, lejos de ser una crónica sociomoral del adulterio y sus entornos, son la plasmación estética de «la dificultad de vivir la individualidad en un proceso determinado de socialización, la impotencia para conciliar la espontaneidad con la norma jurídica, la nostalgia de la libertad en un tiempo de organización» (p. 120) traspasa los caminos trillados de la temática y las formas de su época gracias al genio creador que no puede ni debe ser sacado, no obstante, de su tiempo histórico.

Termina Mainer su recorrido con agudas consideraciones a propósito de la función de la ideología, la relación de la literatura y las otras artes y la iluminación de los hechos literarios desde los resultados de la antropología cultural en el empeño de «construir la historia de la literatura como un elemento que lleva a una historia global» (p. 132). Abogando, finalmente, por el binomio «literatura y sociedad» como un horizonte de las ciencias de la literatu-